ciones de ese momento. Los valores que se encuentran y muestra la historia no son más que eso, pero no son menos, son históricos y no eternos. Las personalidades fueron lo que fueron, actuaron como debieron haber actuado. Su acción no necesita disculpas y, por estar presente y completa, no las pide. Pudieron haber actuado de otra manera. Pudieron haber tenido la oportunidad de elegir libremente o no el rumbo de sus acciones, de su vida. Eso desde luego. Pero esto no es lo que en definitiva importa e interesa a la historia y debe importar al historiógrafo. Lo que en cambio sí tiene plena vigencia y total importancia, es su acción tal como la conocemos: acabada, cumplida, muerta. O, lo que es lo mismo, nada podemos hacer por las personalidades, no podemos disculparlas ni condenarlas, pero podemos y debemos tratar de comprenderlas, debemos y podemos estudiarlas. Por todo ello no creemos que la "iniciativa privada" sea una causa "perturbadora de la historia". [34]

La vida y acción, la obra histórica de las personalidades, son humanas y como humanas mientan, se refieren y caen siempre sobre lo humano. El personaje histórico real o irreal responde a una exigencia elemental de la creencia común que puede expresarse así: *todo reloj supone un relojero, toda acción histórica postula un autor*. Exigencia que debe ser tenida en cuenta y no por común desechada. Obra histórica que sólo es valedera y plena si es *eficaz*, si ha logrado despertar una conciencia, si inicia una nueva forma de vida o marca un hito, y es eficaz y valedera en la medida que logra responder a un tácito anhelo común. En la medida en que logra despertar y hacer surgir la activa colaboración de un determinado grupo social. En la medida en que encuentra cooperación y participación por parte de su sociedad. Y sólo puede encontrar cooperación y participación social si responde a las necesidades de la colectividad y si, por ello mismo, se crea una nueva norma de ser en comunidad, que, en su organización y desarrollo poco o nada tiene que ver con la personalidad originaria. [35]

34. Cf. Febvre, *Combates* . . . , ed cit., pp. 209-210.
35. Lo que hemos señalado para la personalidad individual puede y debe ser extendido hasta las llamadas "minorías creadoras", hasta lo que Toynbee llama "pioneers".

Capitulo IV

Personalidad y Existencia

§ 8. *La personalidad como autora de sucesos.*

A continuación debemos tratar de estudiar las modalidades, nexos e influjos que se pueden encontrar, describir y estudiar entre la personalidad como autora y productora de acciones y los sucesos propiamente tales. En páginas anteriores nos habíamos enfrentado con lo que en este momento denominábamos "la iniciativa privada y la historia", la problemática allí tocada puede aparecer bien semejante a la que corresponde a este nuevo apartado. Habíamos llegado a la conclusión de que esa iniciativa privada no puede considerarse, *grosso modo*, ni como una ni como la principal causa perturbadora de la historia y su curso. En las páginas siguientes trataremos de enfrentarnos, y de acuerdo con el procedimiento que hemos tratado de seguir, al estudio y posible desentrañamiento de la acción de las distintas personalidades y tal como la pueden presentar o indicar el curso normal de la historia [1].

En la sección anterior habíamos tratado de mostrar cómo se puede considerar a la historia y a su núcleo, el suceso, como "un proceso pretérito esencialmente centrado en torno de lo humano", asentado en torno de la acción humana, en torno de una praxis colectiva o individual. Para tratar de hacer más adecuada y comprensible esta idea debemos detenernos un momento antes de continuar con nuestro tema tomando prestada de Jean-Paul Sartre lo que se pudiera denominar y entender como una definición contemporánea del hombre tal como pretendemos conocerlo y tratamos de ver y comprender. Así pues, para Sartre, y en sus *Reflexiones sobre la Cuestión Judía*, antes que nada el hombre puede ser definido y comprendido como un ser *en situación*. Como un individuo que cons-

1. Hablamos de una normalidad en la historia con el único fin de destacar y hacer más notoria la problemática que en el presente momento de esta investigación nos hemos propuesto: la acción de la personalidad como inherente y propia de la historia. Con ello no pretendemos dar a entender que hemos olvidado o pasado por alto que es este el punto focal que en la actualidad debemos tratar de investigar y elucidar.

tituye, forma y amalgama un todo sintético con su situación biológica, económica, política y cultural. El que sea y constituya esta síntesis implica que no es posible hacer una distinción o separación entre él y ella. Y esto es así, ya que es la síntesis misma la que constantemente lo está formando y está decidiendo sobre sus posibilidades. Pero no podemos dejar pasar sin advertir que es el hombre el que, inversamente, da sentido a su situación al escogerse en ella y con ella. Este dar sentido a la situación por inmediata influencia de esa personal y libre escogencia representa el factor que hace posible y comprensible la existencia de una diferencia de los hombres entre sí. "Lo que hay de común entre ellos, textualmente dice Sartre, no es una naturaleza sino una condición, es decir, un conjunto de límites y restricciones: la necesidad de morir, de trabajar para vivir, de *existir en un mundo habitado de antemano por otros hombres*" [2]. Vemos pues como para Sartre, y desde luego para la gran mayoría de los autores, la herencia histórica constituye una de las más importantes partes de ese todo sintético que es el hombre y que el hombre mismo constituye, anima y da vida. Por ello, y para este mismo pensador, ese ser que llamamos hombre ocupa en el universo viviente un lugar privilegiado y único, que puede definirse por la presente y constante posibilidad que tiene de definirse por su propia praxis y comprenderla de acuerdo con la posición que ocupa o haya elegido ocupar en el mundo, en su sociedad. "Formado por su acción cotidiana sobre la materia el obrero ve en la sociedad el producto de fuerzas reales obrando de acuerdo y según leyes rigurosas. Su 'materialismo' dialéctico significa que se enfrenta al mundo social de la misma manera que al mundo material. El burgués, por el contrario, y el antisemita en particular, han escogido explicar la historia por la acción de voluntades individuales... Se comportan frente a los hechos sociales como los primitivos que dotan al viento o al sol de una almita. Intrigas, cábalas, la trampa de uno, el valor y la virtud de otro; es lo que determina el desarrollo de su comercio, es lo que determina el desarrollo de su mundo" [3]. Que ello sea así, y Sartre parece no dudar de la realidad y efectividad de esta tesis, no obliga a definir al hombre por su historicidad, ya que han habido y se encuentran sociedades sin historia, las llamadas primitivas, y

2. Jean-Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, ed. Gallimar, París, 1954, p. 72. El subrayado es nuestro.
3. Sartre, *op. cit.*. p. 43.

es hipotéticamente posible pensar en la existencia de hombres sin historicidad, sin trayectoria y memoria histórica o sin conocimiento de ella. Pero obliga enfrentarse al hombre como al individuo que posee la permanente posibilidad de *vivir* y *revivir históricamente* las rupturas que se encuentran y dan en las sociedades que forma y lo forman. Si se define y ve al hombre, y con él a la colectividad de que forma parte, por la potencialidad de vivir históricamente ese su pasado, encontramos que se lo está estudiando *a posteriori*: que se lo contempla surgiendo y actuando en el seno de una sociedad que posee la particularidad de ser histórica, como lo es la occidental, por ejemplo, de provenir y ser el resultado de transformaciones sociales en el pasado [4].

Este ver *a posteriori* al hombre y a la historia que ha hecho y lo ha producido, es de singular importancia, ya que implica un análisis y, por él, un conocimiento del hecho histórico lo más alejado posible que sea de todo prejuicio extrahistórico que pueda teñir y transformar el suceso en cuestión. [5] Sólo dejando del lado del *apriorismo*, y hasta donde ello sea posible, se puede llegar a determinar si un hecho, una obra o el proceso acaecido en el pasado son merecedores de ser considerados y catalogados, por tener las notas imprescindibles y necesarias, como sucesos. Sólo así podrá llegar a ser posible el determinar si el suceso refleja móviles supraestructurales, de grupos o de individuos conformados por ciertos condicionamientos de base. O si es posible llegar a explicarlos refiriéndose inmediatamente a conflictos de intereses materiales, económicos, o personales, psíquicos. Piensa Sartre que para llegar a adquirir una plena conciencia de la necesidad, más aún, de la obligatoriedad, de una concepción *a posteriori* del devenir y del suceso se muestra como indispensable el pasar por la mediación de la subjetividad de unos hombres concretos. Es menester analizar la historia en función de unas determinadas personalidades, y desde un doble punto de vista: a) la vida, pasión, obra y acción de las personalidades en

4. Jean-Paul Sartre, *Cuestiones de métodos*, ed. Gallimar, París, 1960, p. 103, nota 1.
5. Aunque ya sabemos que el intento de hacer una historia sin perjuicio no deja de ser un tanto utópico, pero continuamos pensando que esta idea puede tener una gran importancia normativa y metodológica.

cuestión y b) el impacto, las relaciones, adecuación e integración que pueda darse entre el individuo y la masa, entre la personalidad y la sociedad, por intermedio del suceso.

No es Sartre el único autor que de esta forma piensa frente al tema que estamos apuntando y esbozando. Esta manera de encarar el problema tampoco es privativa de filósofos o críticos de la historia. Comparten este punto de vista historiógrafos tan merecidamente connotados como un Lucien Febvre, —de quien podemos pensar no conoció la formulación sartriana de estas tesis—, cuando en el prólogo de su *Martín Lutero* escribe: "ese problema de las relaciones del individuo y la colectividad, de la iniciativa personal y de la necesidad social, que es, probablemente, el problema capital de la historia: comprenderlo es nuestro propósito" [6]. Como también lo es el nuestro, debemos pues acatar y tratar de imitar la formulación que tan destacados autores están dando y han dado al problema que nos preocupa y que ellos mismos nos muestran como relevante y de singular importancia.

Bien podemos considerar a Raymond Aron como uno de los pensadores franceses que últimamente más se han preocupado por desglosar el intrincado panorama con que se presenta la historia, a lo menos en esa forma que es usual se nos la presente, y de esbozar y tratar de descubrir nuevos caminos para una más recta y mejor interpretación de los sucesos, particularmente en aquello que concierne y tiene que ver con la participación humana en el surgimiento, mantenimiento y evolución del suceder. En *La Introducción a la Filosofía de la Historia* condensa, un poco fuertemente, su propio punto de vista frente a los nexos que se dan entre individuo e historia cuando se expresa de la siguiente manera: "Resumiremos citando la vieja fórmula: los hombres hacen su historia, pero no saben qué historia hacen" [7]. Si es claro que los hombres hacen su propia historia y crean su propio devenir, verdad de Pero Grullo, no se nos hace tan comprensible que no sepan qué es lo que están haciendo, en qué tipo de acción se encuentran empeñados, ni cuál es la meta, subjetiva y siempre provisional, que por intermedio de sus acciones, conscientes o no, pretenden poder alcanzar y crear en

6. Lucien Febvre, *Un destino . . .* ed. cit., p. 9.
7. Raymond Aron, *Introducción . . .*, ed. cit., p. 137.

ella pretendidas posibilidades de solución a sus problemas, contradicciones, luchas e inestabilidades que dieron origen a un determinado proceder que luego, en ciertos casos, ha de manifestarse como histórico. Es indudablemente obvio, y ya lo hemos apuntado en alguna parte, que no siempre existe una clara conciencia en los protagonistas de la historia y que en ciertas ocasiones es más fácil comprender los motivos de un proceder histórico una vez que éste ha "pasado". Además, no en pocas y aisladas coyunturas se actúa de una manera determinada, buscando se produzca un efecto y las consecuencias que surgen son bien diferentes. Pero, podemos pensar, siempre es dable encontrar a lo menos un atisbo de conocimiento de lo que se ha perseguido, si es éste el fin que se ha dado o no, es otra cuestión.

El "algunos casos" a que nos referíamos en el párrafo inmediatamente anterior nos lleva a enfrentarnos al punto que consideramos central de la visión y argumentos de Aron. Si en ciertos momentos encontramos que los hechos humanos pretéritos se convierten en sucesos reales y tangibles ¿qué notas peculiares deben poseer los individuos concretos que los han efectuado? Por lo pronto nos dice Aron, deben ser responsables. Existe, pues, una *responsabilidad histórica* que se presenta no como una entidad abstracta e ideal, sino como una acción humana histórica y concreta. Peculiaridades que se manifiestan poseyendo estas notas cuando Aron apunta lo siguiente: "Es responsable el que, por sus actos, ha contribuído a desencadenar el suceso del que se buscan sus orígenes" [8]. De la cita anterior bien podemos deducir que la responsabilidad histórica se encuentra en función y razón directa con las consecuencias reales, efectivas y concretas que la acción individual de un hombre o de un grupo han podido desencadenar. O por las que es posible se manifiesten en un futuro. O por la iniciativa que por intermedio de la acción concreta se manifiesta o puede hacerse tal. Al examinar este punto de vista nos sentimos tentados a concluir que para este autor existe en la base, fondo y trasfondo de toda actividad humana e histórica una responsabilidad total, integral, definitiva. Pero Aron no se encuentra en ningún momento de acuerdo con esta derivación de su pensamiento y, por el contrario, la rechaza. Y lo hace desde un doble punto de vista, por intermedio de una doble ar-

8. Aron, op. cit., p. 170.

gumentación. Desde un ángulo causal y desde una perspectiva que se puede designar como ético-histórica. Ya que, y según el primer punto de vista, ni un individuo determinado y concreto, ni un acto efectuado bajo determinadas condiciones y tratando de buscar tales o cuales soluciones pueden ser la causa, por ellos mismos, de lo que hemos venido llamando un suceso. Así pues, ni la acción personal, o de una personalidad, ni la acción de un determinado grupo social son las únicas fuentes causales de los sucesos. De acuerdo con la segunda de las argumentaciones, la ético-histórica, no existe una responsabilidad integral ya que en el campo de la eticidad es imposible hablar de una responsabilidad que se acerque a este tipo. En él sólo es dable encontrar una responsabilidad relativa y fragmentaria. Pero a pesar de ello, quien pretenda conocer e interpretar el pasado debe siempre tener en cuenta esta responsabilidad histórica parcial y no definitiva, sólo así se puede comprender el porqué de la existencia de una circunstancia normal produciendo efectos reprobables y, más aún, condenables [9].

No sería nada extraño que el mantener este relativista punto de vista frente a la acción de los individuos en la historia, sean considerados como personalidades o no, se deba a la influencia de una importante tesis, sino es la principal, que mantiene este mismo autor: *No existe un tal primer motor del movimiento histórico*: "tal sería en una palabra la conclusión de nuestro estudio... ya que existe contradicción entre la afirmación *a priori* o *a posteriori* de un principio causal y la hipótesis metódica del determinismo, a saber: el análisis y la comparación" [10]. El que no exista, se de o encuentre un primer motor, o algo semejante, no lleva implicado el total desconocimiento de la acción de las personalidades sobre el suceso. Esa posición ideológica que Aron llama el determinismo no llega hasta este extremo. Por el contrario sustenta el siguiente punto de vista, fuertemente imbuído de una posición causal: todos los hechos se encuentran encadenados entre sí, y al destacar un detalle puede convertirse en un hecho general duradero, puede llegar a manifestarse como un suceso. Así, el detalle que es la personalidad histórica no puede ser considerado como un mero individuo aislado y total e históricamente responsable. La personalidad sola no es su-

9. Cf. Aron, op. cit., pp. 174-176.
10. Aron, op. cit., p. 253.

ficiente, tiene que ser la expresión de un grupo, de una época o de alguna necesidad presente y, luego, histórica. El "genio" que "crea" sucesos debe estar y encontrarse a la par con las circunstancias de su momento, por disímiles que parezcan y por variadas que sean. Por ello frente a las personalidades el historiógrafo debe analizar al individuo y a la situación, para buscar aclarar y precisar lo que la realidad debe al uno y a la otra. Este procedimiento no lleva, no entraña, desafortunadamente, la posibilidad de presentar una solución general, no es auténticamente filosófico, nos dice Aron, puesto que revela, hace patente y muestra la mayoría de las notas constitutivas de una investigación científica [11].

Si en no importa qué concepción que se tenga y promulgue sobre la historia de la humanidad se atribuye un preponderante lugar en ella a la actuación de fuerzas, leyes, fácilmente identificables como siendo diferentes y manteniendo un escaso o nulo parentesco con las libres voluntades humanas y, con las también libres, posibilidades de elección, la explicación e interpretación que se pueda dar del suceder se presentará en términos semejantes a los de su planteamiento, en términos de la evolución de esas fuerzas y leyes a las que se les ha otorgado una destacada actuación. Pudiéndose fácilmente presentar aquella tendencia, que como en el caso de Aron, lleva a afirmar que los individuos presentan y mantienen un escaso y limitado radio de responsabilidad histórica. Y el argumento se presenta así, porque no se concibe ni acepta como plenamente libres a los individuos y sólo se les concede un reducidísimo campo sobre el cual pueden tomarse y darse la elección. Muchos de los actos y actuaciones que se suelen suponer humanamente libres, por lo menos por estar dentro del campo de control del individuo, se nos están presentando en esta posición determinista, como estando fuera de la esfera o del campo de una acción humana, libre y particular. Los hombres, tanto la masa como la personalidad, actuarían las más de las veces en su vida no en función de una elección o de una libertad, sino en razón de unas ciertas características en gran medida incontrolables, como lo puede ser la herencia, el medio social y geográfico, las leyes biológicas y las físicas, o una cierta combinación de estos factores determinantes. Y si ellos son los que im-

11. Cf. Aron, op. cit., pp. 180-181.

peran más real y fácilmente, es comprensible que la responsabilidad humana frente al suceso, del que sólo en parte el hombre es autor, sólo pueda ser concebida como limitada y fragmentaria. Sólo versa sobre la pequeña parte realmente humana del hombre. Sólo cae sobre aquello que el hombre ha podido elegir libremente. De ser este planteamiento correcto, no sólo la responsabilidad humana desempeña un papel limitado sino que no puede existir y darse en la historia, y en el presente, aprobación o reprobación, tampoco podría darse "remordimientos". Los peores excesos y los más grandes crímenes, los más importantes logros de la ciencia y la cultura, los más destacados avances de la técnica, no tendrían un o unos responsables. Fue sólo el medio y no la personalidad negativa de Hitler, o la clase social nazi, los que asesinaron a millones de hebreos. Fueron las circunstancias, una bucólica modorra y la caída de una manzana, las que hicieron posible la formulación de la ley de la gravitación universal. Fueron la bondad de una señora, un regalo de unas joyas y una larga vida de peregrinar mendigando ayuda las que entregaron a España un imperio. Pero, ¿será ésto posible? ¿Será posible que los hombres no sepan y se desentiendan de la historia que hacen? ¿Será posible que su intervención en y sobre el suceso sea mínima o nula? Lo dudamos.

§ 9.—*Personalidad y existencialismo.*

Tanto en la obra filosófica como en la meramente literaria de Jean-Paul Sartre se pueden encontrar los esbozos de una concepción de la historia ampliamente emparentada con las anteriores, especialmente con las que hemos ejemplificado por intermedio de Bloch y Febvre, concepción que más claramente se encuentra expuesta en su última obra teórica: *La Crítica de la razón dialéctica.* Pero, para poder obtener una más amplia comprensión de las tesis y puntos de vista sostenidos en este estudio, se nos hace indispensable el remontarnos hasta su primer gran obra: *El ser y la nada.* Puesto que sus ideas puntos de vista y análisis de la existencia, acción y función de las personalidades en la historia al ser presentadas sin tener en cuenta su obra anterior, y de ser posible el conjunto de toda ella, pueden llegar a aparecer como carentes de fundamentación y con el carácter de afirmaciones más o menos gratuitas. Nos debemos contentar con esbozar muy rápidamente las

principales características de algunas de sus tesis especialmente de aquellas que consideramos más importantes para la comprensión y elucidación de los temas mentados anteriormente.

"Estoy condenado, escribe Sartre, a existir para siempre más allá de mi esencia, más allá de las causas y motivo de mis actos: Estoy condenado a ser libre. Esto significa que no pueden encontrarse otros límites de mi libertad que la libertad misma; o, si se prefiere, que no somos libres de dejar de ser libres." [12] La libertad, según esta tesis, se nos aparece como una constante y permanente posibilidad de ruptura, de anonadamiento, del mundo. Es ésta la estructura misma de la existencia. No es, ni implica, un capricho momentáneo o un deseo de inmediato que se pierde por y en su inmediatez. Sus raíces se hunden, muy por el contrario, en lo más íntimo de la existencia. "Un existente que, como conciencia, está necesariamente separado de todos los demás, ya que ellos están en relación con él sólo en la medida que son *para él*, un existente que decide de su pasado, bajo forma de tradición y a la vez de su futuro, en lugar de dejarle pura y simplemente determinar su presente, un existente que se hace anunciar por algo que le es ajeno, o sea, por un fin que él no es y que proyecta al otro lado del mundo, he aquí lo que llamamos un existente libre." [13] Esta libertad tiene que ver, se refiere y está en consonancia con el *proyecto fundamental*, que comprende y encierra los actos y deseos particulares. Que constituye la última posibilidad de la existencia humana: La *elección originaria*. A la elección del proyecto le es inherente la libertad originaria, la libertad incondicionada. Ello no implica en ningún momento el dejar de lado, el no tener en cuenta, un margen de contingencia representado por las acciones particulares. Con ellas, muy por el contrario, se introduce la posibilidad de modificar el proyecto inicial: "La angustia que cuando es revelada manifiesta a nuestra conciencia nuestra libertad, testifica la modificabilidad perpetua de nuestro proyecto inicial". El hombre, pues, se encuentra perpetuamente posibilitado, mejor aún, amenazado, por la posibilidad de rechazo o anulación de su proyecto. Por la posibilidad de dejar de ser y convertirse en otro. "Por el sólo hecho de que nuestra elección absoluta es frágil, escribe Sartre, apoyando en ella

12. Jean-Paul Sartre, *El ser y la nada*, ed. Gallimar, 50 ed., París, 1957, p. 515.
13. Sartre, *op. cit.*, p. 530.

nuestra libertad, ponemos a la vez su perpetua posibilidad de convertirse en un más acá pacificado por el más allá que yo sería".[14]

La libertad de que habla Sartre es la que permanece dentro de los límites de la acción, de la facticidad del mundo. Facticidad que, tanto como la acción, es indeterminada y proviene de la libertad que la coloca en el ser por intermedio de la elección. Así el hombre se hace responsable no sólo de sí mismo sino del mundo y de todo lo que acontece en él. Hechos y acontecimientos que dependen, en última y primigenia instancia, de la libertad y consecuente elección originaria. Para Sartre, todo lo que le puede acontecer al hombre es humano. Lo inhumano no tiene cabida en su pensamiento: "Las más atroces situaciones de la guerra, las peores torturas, no crean un estado de cosas inhumano: No existe una situación inhumana; sólo por miedo, por huída y recurso a situaciones mágicas, *decidiré* sobre lo que es inhumano, pero esta decisión es humana y cargaré con su total responsabilidad".[15] Tampoco existen para Sartre, a la altura de *El ser y la nada*, hechos accidentales. Un acontecimiento social que en alguna manera logre afectar a un individuo, y no importa de qué manera, no le es extraño, le pertenece y debe apropiárselo. Esta guerra me pertenece y "la merezco, en primer lugar, porque podría sustraerme a ella con el suicidio y la deserción: estas posibilidades últimas son las que siempre deben estar ante nosotros, cuando se trata de afrontar una situación. Si no me he sustraído a ella, la he elegido... en todo caso se trata de una elección".[16]

La estructura ontológica del proyecto puede y debe ser descubierta por medio de y en el *psicoanálisis existencial*, el único instrumento apto y útil para mostrarnos y demostrarnos cómo en el fin de todo acto humano se encuentra una determinada elección libre y un determinado deseo de ser un en-sí, fáctico y objetivo. Tendiéndose hacia la meta ideal de ser una conciencia que funde y fundamente su propio ser en-sí: "Es éste el ideal que se puede llamar Dios. Así se puede decir que lo que hace más concebible al proyecto fundamental de la realidad humana, es el hecho de

14. Sartre, *op. cit.*, p. 543.
15. Sartre, *op. cit.*, p. 639.
16. Sartre, *op. cit.*, pp. 639-640.

que el hombre es el ser que proyecta ser Dios... es lo que le anuncia y le define en su proyecto último y fundamental".[17] Así el hombre se nos presenta como un deseo de ser Dios, es cierto, pero también es cierto, se nos presenta como un deseo fallido. La síntesis del en-sí de las cosas del mundo y el para-sí de la conciencia es la gran finalidad hacia la que tiende el hombre sin nunca poderla alcanzar. Este imposible tránsito del en-sí y el para-sí es la meta hacia la cual continua, incesantemente, tiende la acción humana. Este problema existencial supone y presupone la elucidación de la eficacia trascendente de la conciencia. Se hace indispensable en este nivel el enfrentarse a una ética que complete los análisis ontológicos.[18] En *El ser y la nada* Sartre apunta hacia una moralidad que debe prescindir totalmente del "espíritu de seriedad", de la tendencia a considerar las cosas como ya provistas de un valor trascendente a la subjetividad humana. No es posible enfrentarse al hombre como al ser "para el cual existen los valores" sin darse cuenta que "todas las actividades humanas son equivalentes, puesto que todas tienden a sacrificar al hombre para hacer surgir la causa de sí, y que todas por principio están destinadas a fracasar. Siendo así lo mismo emborracharse en soledad que guiar a los pueblos. Si una actividad es superior a la otra, no es por causa de su motivo real, sino por causa de la conciencia que posee su objetivo final; y, en este sentido, sucedería que el quietismo del borracho solitario será superior a la vana agitación del conductor de los pueblos".[19]

Como ya veíamos, el hombre posee un recurso altamente valedero en su vida: el modificar, dirigir, su futuro, su porvenir, introduciéndose así y no sólo en la vida de los hombres, sino en la de las colectividades, lo que se ha venido llamando un *eterna moratoria*. Puesto que la muerte, la detención absoluta de la libertad, es el único camino que lleva hacia el desprendimiento y comprensión de la esencia humana, de la esencia de este hombre determinado y concreto. Para Sartre, es cierto, la historia es una ciencia,

17. Sartre, *op. cit.*, p. 653.
18. En lugar de esa reflexión sobre la moral que anunciara en las últimas líneas de *El Ser y la nada* Sartre nos ha dado, en su *Crítica de la razón dialéctica*, un análisis de la actividad concreta, de la praxis, de los hombres.
19. Sartre, *op. cit.*, pp. 721-722.

pero es la ciencia de las esencias de los hombres que han dejado de ser, de los muertos. Sólo, claramente nos expresa Sartre, es posible juzgar a los muertos. Sólo frente a ellos podemos tener una especie de objetividad. En términos generales, podríamos decir, la historia es para Sartre, a lo menos a la altura de *El Ser y la Nada*, una *cirugía mortuoria*. Una ciencia experimental que debe estudiar al ser en-sí detenido. Es una ciencia experimental que enfáticamente se niega a hablar de lo que se encuentra abierto ante el futuro. Ciencia que estudia lo concreto y determinado: interpreta al en-sí, pero no lo hace de una manera definitiva, su interpretación no es valedera eternamente, no se puede llegar a determinar su sentido de una vez por todas. Por ser también ciencia de lo social y su pasado, se haya afectada por esa perpetua moratoria que la hace eminentemente imprevisible y por tanto indeductible. El único momento que cobra una real y definitiva importancia, tanto en la trayectoria común de los hombres como en la historia particular de cada uno de ellos, es el último. En el que decide por todos los demás. Con anterioridad a su cumplimiento es completamente imposible el establecer un juicio completo y con pretensiones de validez. Ya que en este momento y por este momento se puede cambiar toda una actitud, toda una concepción, toda una manera de ser y de obrar. *Contaminándose* todo el conjunto de las acciones, de hechos y deseos que hicieron parte y conformaron una vida.

Elegir vivir de una determinada manera, tener el valor de morir de acuerdo con la elección libre y personal es el gran dilema del hombre y de los hombres. Del hombre con nombre y del nombre como colectividad. La muerte personal o la muerte social,[20] entrega, por así decirlo, a ese hombre o sociedad a los demás. Los hace entrar en la historia, los entrega y enfrenta a los "otros, a los jueces". ¡Fue sólo un desfallecimiento corporal!, dice uno de los personajes de *Huis-Close*, explicando su muerte. Sólo que *todo ha quedado para siempre en suspenso*... ¡Garcin es un cobarde! he aquí lo que han decidido mis compinches. De aquí a seis meses dirán 'cobarde como Garcin' . . . Estos morirán, pero detrás vendrán otros que volverán a tomar la consigna: les he dejado mi vida entre

20. Si es posible hablar de muerte de una sociedad, de una cultura.

sus manos... *Hacen el balance sin ocuparse de mí y tienen razón, puesto que he muerto*. Muerto como una rata. *He caído en el dominio público*".[21]

Los hombres, podemos concluir con Sartre, poseen frente a la historia un doble papel que corresponde a la doble actividad que el hombre debe desempeñar en su vida: son actores y jueces. Autor y actor de la historia, ya que son sus acciones, deseos, elecciones libres y actuaciones de mala fe algunos de los elementos más importantes y constitutivos de la evolución histórica. Juez de los demás y de la historia somos los hombres por ser los únicos que podemos sopesar, comprender, valorar y justipreciar la vida y las acciones humanas y, con ellas y por ellas, desentrañar o adjudicar un sentido a la historia. Sólo el hombre, considerado como elemento constitutivo de una sociedad y como individualidad, puede explicarse y explicarnos el recóndito y cambiante sentido de la historia. Explicación que tiene como medio y fin el sometimiento a las perspectivas, actitudes y, porqué no, valores humanos de una determinada época y sociedad. Sometimiento que produce y explica la necesidad de una constante revisión calificativa y revalorativa del pasado humano en función de un presente concreto y determinado. Haciéndosenos patente, de compartir estas tesis, la razón última de la existencia y necesidad de múltiples y variadas interpretaciones del devenir histórico: nos hace comprender el por qué de una historia del Imperio Romano interpretada a la manera y según la época de un Tito Livio, a la manera de un Seutonio, o dentro de los lineamientos de una "Ciencia Nueva", de acuerdo con un Mommsen o un León Homo.

Las historias cambian porque el hombre que se enfrenta al análisis del suceder histórico no es nunca el mismo. El hombre dota a la historia y a su visión de ella de un doble cambio, de una doble manifestación del acontecer: el devenir propio de la historia, de las acciones libres que la constituyen y crean, y la transformación producto del constante trastocar de valores y perspectivas que frente a los hechos históricos pueden tener y hacer suyas hombres de diferentes épocas y de diferentes culturas, o miembros de

21. Jean-Paul Sartre, *Huis-Close*, ed. Gallimar, París, p. 105. El subrayado es nuestro.